

SUMARIO

Idilio en la Sierra, por Salvador Rueda. — A Madrid me vuelvo, por Salomé Nuñez y Topete. — Pajaros y nubes, por Jaime Martí y Miquel. — Casas para obreros, por Gil Barrasa. — El cuadro de Santa Isabel, de Murillo (exposición del Ayuntamiento de Sevilla). — Las horas madrileñas, por Alfonso Pérez Nieva. — El tío Maroma en la Academia, por M. Ossorio y Bernardi. — Cosas de Madrid, por Miguel Mendez Alvarez. — Desde el Boulevard, por R. Blasco. — Una historieta vieja, por Calixto Ballesteros. — Carta semanal de Londres, por E. de Oya. — Libros nuevos.

IDILIO EN LA SIERRA

NOVELA ANDALUZA

XXII.

LAS CITAS

¡Musa del donaire que dió vida a la novela picaresca del siglo de oro de nuestra literatura: recojida musa que derramaste tu españolismo en las páginas de los ingenios de pasadas épocas; tú que tienes la tez morena de una malagueña, el andar gallardo y aéreo de una sevillana, el noble andaluz de una cordobesa, las arracadas y los aladates llenos de flores de una valenciana; tú que no conoces ni por el forro a la maciza gallega, ubérrima mujer, nacida no para la gracia, sino para madre; que gustas de la reja y de la serenata; que te pones jazmines en el pelo, mantilla en el busto gracioso, gitanesas guarniciones en la falda, y llevas hecho el vestido con los colores de nuestra bandera; tú que sabes de memoria las sabrosas leyendas populares, el cuento lleno de intención, el chiste armado de saeta, el refrán oliendo a ancianidad de vino jerezano; tú que figuraste en los aristocráticos galanteos del siglo de Ramon de la Cruz y de Goya; que tienes en tu abanico de concha y plumas versos de Quevedo, de Góngora, de Cervantes y de Lope de Vega; que representas una nacionalidad y posees todos sus esplendores y gracias, derrama tu inspiración en mi pluma y haz que pinte con vivo color las escenas de este capítulo, ya que ha llegado la hora de la primera cita y es la media noche por el filo.

¡Oh amor, que enredas como cerezas los corazones, y luego con tirar de una sola se van todas tras de tí Goza en tu triunfo y observa como don Rufo Viceversa, hombre ya lejos de los ímpetus de la pasión pero sacado también de quicio por Mercedes, consulta, metido en su cuarto, la esfera del reloj, se descalza sin reparar en que sus años ya no están para andar en pie de media, y silencioso como un aparecido sale palpando las paredes en busca de cosa más dulce que tocar, y toma la dirección del cuarto de la cita.

Dale al hombre el corazón violentísimo redoble, y en la oscuridad, a causa de la congestión amorosa, cree ver a modo de rojas marañosas.

¡Quién le diera a su esposa doña Casta Butron de Viceversa, acostada en el lecho conyugal allá en su tranquilo hogar de Sevilla y durmiendo a pierna suelta, ver las dos vacilantes y temblorosas del marido, puesto a la pista de una aventura, en tanto que ella reza porque, ya que salió de caza a los montes el esposo, Dios le conceda buena puntería!

A caza de su objeto iba por el oscuro pasillo adelante el adúltero, queriendo, porque produjese menos ruido, parar el sistole y el diástole de un corazón tan ingrato a su esposa. Antojánselle huéspedes los dedos, escucha, toca con ambas manos el muro, indaga los ruidos que vienen de fuera, y persuadido de que nadie observa, echa un temeroso paso más en su camino.

De tiempo en cuando párase a llenar el pecho con una gran aspiración de felicidad. Sus arterias son un torrente de glóbulos rojos que se atropellan, se empujan, se revuelven y van cantando con ritmo exaltado y violento la canción del amor dulce y sabroso, como llamó el clásico al amor cogido en el cereado ageno.

El cual amor viene a ofrecerse, no la mujer a quien espera, sino un señor de los más caracterizados de la partida, varon grave y serio, de recias mufecas que contrastan con las manos breves y finas de Viceversa y de tan sobrado vigor en el organismo como está de él faltó el emocionable Viceversa.

Les había visto por la mañana Mercedes echar el pulso de sobromesa, y notó el contraste que hacían aquella patita de jilguero y aquella mufecaza que dobó como un junco la contraria.

¡Si yo tuviera que venir a las manos con este hombre! —rezó para su colete a raíz de haber echado el pulso el poquita cosa, admirando la palma musculosa que tuvo entre la suya.

Y a las manos iba a venir, si un milagro del cielo no hacía que aquel a quien Mercedes le había designado por compañero, no se equivocara de cuarto y no entrara en la habitación a que ambos iban derechos.

Llegó primero el pusilánime, palpó la puerta de la habitación, y entróse revolviendo los dedos como tentáculos en las tinieblas.

Un pisar más fuerte que el suyo y que no dudó sería el de Mercedes, oyó el pecador esposo y le dió un vuelco descomulgado el corazón. ¡Ya estaba ella allí! ¡Ya sentía su respiración de cercal...! De pronto sonaron ambas hojas de la puerta y a continuación chirrió una llave en la cerradura. A ambos hombres cuajóle la sangre en las venas el sobresalto. Pusieron a escuchar y a inquirir qué sería aquello, y oyéronse uno a otro las respiraciones, que cada cual tomó la que no era suya por la de la moza.

¡Es precavida, vamos! —dijéronse ambos a un tiempo— y ha querido que estemos, además de a oscuras, bajo llave.

¡Bien hecho! —dijo uno de los dos por lo bajo.

—¿Lo de echar la llave. —Pero ¡la has echado tú!

—Yo no ¡y tú?

—¡Demonio! yo tampoco.

Entonces, por lado distinto al en que se susurraba este principio de sospecha, avanzó otro baldador de tinieblas, lleno de la

ilusión que le trasponía de gozo, y le fosforeaban los ojos en la oscuridad lo mismo que a un mocheño.

¡El que era galán afortunado, trovador amoroso, rondador de prenda tan alta que la ponía en los mismos penoles, iba haciendo el papel de buho que no había más que pedir!

No obstante, sonreía dulce y afable como si alguien hubiera de ver aquella risa, y giraba las luminosas retinas en medio de su exaltación erótica y vehemente. No llevaba andados unos quince metros, cuando abrióse sigilosamente otra puerta y con paso no sentido— todos se habían quedado en pie de media— avanzó un hastial, que no persona, tal era su estatura, en dirección contraria a la en que venía el de los ojos iluminados.

—¡Zape! —exclamó al verio el último, tomándolo por un gato, y volvió a repetir: —zape, zape! Acoquinóse el de los carbunclos, volvió grupa teniendo toparse de manos a boca con alguien que no fuera Mercedes, y como al girar la cara dejó de mostrar las chispeantes retinas cargadas de brillo fosfórico, el otro siguió hasta meterse en el cuarto de la cita.

Pero el gato tenía sus cinco sentidos puestos en la pescada que pensaba comerse, y tornó sobre lo andado, dió varias manotadas en la sombra para orientarse, llegó a la puerta por donde ya había entrado el compañero, y echó el pie dentro del umbral.

—¡Zape, zape! —repitió con más insistencia el de dentro, persuadido de que aquello no podía ser más que un gato.

—Soy yo —habló quedo, por fin, el de las pupilas.

—¿Y quién eres tú?

—¡No lo sabes!

—¡Ah! Bien decía yo esta mañana que tus ojos eran dos soles de tanto como alumbran.

—Eso te lo decía yo a tí.

—¡A mí!... A mí no; pero ven, ven más cerca de mí.

Un ruido de hojas que se cierran y una llave que rechina siguieron al cómico diálogo.

—¿Has echado la puerta? —dijo uno con recelo.

—¿Que has echado la llave?

—Te preguntó que si has cerrado tú.

—Yo no.

—Ni yo tampoco.

—Caracoles.

Y salió otro hombre de un cuarto distante, el cual se santiguó antes de ponerse en marcha; se comprenderá por esta señal que era el sacerdote. En vez de extender los brazos como hicieron los demás, cruzó, por hábito, las manos; y rezó su Introito amoroso. Luego adoptó un paso de procesion. No iba el con idea pecaminosa, ¡cal! iba a traer la escarriada oveja al redil; le dejaría caer en el oído un silábico cuchicheo lleno de misticismo, la unción de amor, de dulzura, de ambrosia celestial, y después de todos los latines y kirieleisones la dejaría más blanda que un guante y dispuesta a no pelear otra vez.

De estos propósitos iba armado el bendito padre, cuando salió de otra estancia, andando de puntillas, el avieso funcionario del Estado, el recaudador de contribuciones, que era quien tenía que habérselas con el clero.

¡Dos potencias frente a frente, dos entidades de igual valía y poder buscándose una a otra! Allí del principio de que dos fuerzas iguales cuando chocan se destruyen. Era seguro, que al persnadirse ambos de que no eran varon y hembra, sino antes ejemplares de un mismo género en la especie bímana, no iban a quedar, como suele decirse, ni los rabos.

Entró primero en la habitación, que era el número dos, el símbolo del infierno y la plegaria; y apenas asomó la nariz a la misma estancia el recaudador, como hombre de buena nariz que era, ventó allí algo de sacristía: era que llegó a su sentido el leve aroma de iglesia que lleva consigo todo ser dedicado al santo servicio del Señor.

La misma operación de hojas de puerta y de cerradura oyeron aterrados ambos, no bien estuvieron cerca uno de otro.

—¿Por qué cierras? —preguntó, por lo bajo, con voz mística y pura como venida de biblias y misales el pastor que quería poner bajo su cayado la oveja.

—Puerta cerrada, sospechas inspira.

—No he tocado a la llave, más bien habrás sido tú.

—¿Yo? ¡no sientes lo lejos que estoy de la puerta?

—Entonces ¿quien ha echado esa llave?

—Seremos presa de alguna infamia? ¿cómo esta el mundo hija mía!

—¿Cómo hija mía? ¿quién le estas diciendo hija mía?

Ya estaba el costal de ácido sintiendo molestia hasta de las moléculas del aire, cuando llegó el tartamudo y entróse de rondón, sin nada de vacilaciones, en la estancia.

—No llegues de pronto—rezó bajito el que esperaba, poniendo las manos a guisa de defensa.

—¿Qué pudorosa, qué casta! —reflexionó con dilectación el aludido.

—Espera que pase un momento, y yo me acercaré a tí.

—¿Qué?

—¿Que yo llegaré hasta tí.

—Ha... ha... bla... más... más... claro... mu... mu... mujer.

—¿Cómo mujer!...

La puerta dió un golpe con ambas hojas, giró a regañadientes la llave y los dos hombres llevaron el consiguiente sobresalto.

—¿Quién... ha... echa... do... la... la... llave?

—Tú habrás sido; el miedo no te deja hablar; tranquilízate, mujer.

El abogado dió un brinco, diciendo: —¿Cómo... mu... mu... mu... mujer? ¡A ver, quien... ha... hay... en... este cuarto?

Y sacó un fósforo para hacer la luz y jugarse el todo por el todo. Pero se determinó a no hacerlo, porque fuera sintió pasos precipitados, frases pronunciadas a media voz por alguien que refunfuñaba cóleras y amenazas. Era Francisco, que puesto toda la noche en un pie, porque varias veces había oído campanas sin saber dónde, bufaba de ira en la idea de que todos aquellos tejemanejes, de que aquellas idas y venidas del coro al caño y del caño al coro, tuviesen algo que ver con su novia.

Pasó como si saltara en vez de palabras pedruscos, y no pudo notar un bulito que se pegaba en un rincón del pasillo. Aquel bulito era Mercedes, que cuando veía, o calculaba por los pasos que una pareja se hallaba en el nido, se deslizaba hacia la puerta con pisada de gato y echaba la llave, metiéndosela luego en el bolsillo. ¡A ella la habían humillado, pero tenían los del enredo que sudar gotas de sangre a sus manos!

No le dió compasión a Mercedes ver a su novio, desvelado y triste, escudriñando hasta los átomos del viento por ella: una ofensa a su honor no la perdonaba aquella mujer, así es que sintió de nuevo ira terrible, ira tremenda de que aquel bobalicon se hubiera atrevido a dudar de su entereza.

Perdióse a lo lejos Jaraga, y nuevos pasos percibió él oído en la distancia. Había llegado la hora de verse, ó mejor de tocarse, los dos enemigos políticos dentro de una sola trampa.

Empujó con imperio la puerta, cuando hubo llegado cerca de ella, uno de ambos ex-alcaides, como aquel que está acostumbrado a que cedan las cosas a su mando; y apenas rebuscó entre la sombra, con actitudes de policía, si hallaba alguien que le estuviese esperando: con más altivez, con más imperio, con mayor autoridad si cabe empujó la puerta el otro ex-alcaide y entró como Pedro por su casa.

Los dos jefes de opuestos bandos que se habían bombardeado mil veces de palabra, arrojándose al rostro los más duros improperios, iban a decirse ternezas, iban a darse un abrazo amoroso, sin sospechar que sería caricia de lobo a lobo, zarpada de pantera a pantera!

—Por fin voy a verme a tu lado. ¡Cuánto tiempo lo deseé! —exclamó, sin voz, el más liberal, quien había jurado cien veces que jamás estaría al lado de su enemigo.

—¿Te dije y supliqué en vano que vinieras a mí, que te pusieras del lado mío, y por fin vides esta noche la bandera. Ya sabía yo que con el tiempo teníamos que ser ambos niña y carne.

—En el carifio será, porque en otra cosa ya sabes mi independencia y cómo las gasto.

—¿Qué había de saber cómo las gastaba, si el que oía estaba en la creencia de que era la moza la que le replicaba?

—Ya sé—contestó en esa creencia— que tienes un carácter energético, que no das tu brazo a torcer, que se las mantienes tiesas a todo el mundo; pero a mí—añadió con vanidad el sujeto—no hay quien se me resista. ¡Verdad? Dímelo cerca con tu boquita.

—Y ¿quién va a resistir a esos ojos y a ese cuerpo—expuso el interlocutor creyendo a su vez que le hablaba a Mercedes—si sería capaz hasta de vender la vara a mi enemigo por pasarme a tí con armas y bagajes?

—¡La vara!... ¿que vará? Esa te consta a todo a todo el mundo que no la empuña más que yo; solo por ser tu quien eres, te la pondría un momento en la mano.

—Yo no empuño más vara que la mía. Mercedes repitió al llegar el diálogo a este punto la misma operación de puerta anterior, que hizo el efecto a ambos hombres de si se hubiera tratado de un golpe político.

—¿Eh? ¿qué es esto? ¿quién cierra? ¿quién anda ahí? ¿a ver? —exclamó atropellándose el que no empuñaba más vara que la suya, y se lanzó a la que él creía Mercedes, diciendo:

—No me gustan las encerronas ni los misterios, niña mía; deja las hojas de par en par y acércate a mi lado.

—¿Niña mía?... Quiero convencerte de que yerras.

Pegó un grito el que había de adquirir la convicción al sentir la mano áspera y fuerte que le agarraba, mano que no permitía dudar era de varon y este grito fue uno más, que se unió a las disputas que comenzabanse a oír dentro de los cuartos, donde ya había muchas más parejas, pues el alba venía clareando por el mar cuando el ex-alcaide dió el tremendo grito de sospecha.

—¿Qué jaleo zero er que hay en er cortijo? —exclamó, al levantarse, un pastor que venía en dirección de la casa para coger una sartén y empezar a hacer las migas.

—¡Abrir! ¡abrir! ¡Qué pasa aquí! ¡Que abran! ¡Eh, traer la llave! ¡Ya me las pagará esa tramoyista! —eran las voces que se oían salir de muchos puntos de la casa.

Cuando reunió todas las llaves en un haz, Mercedes se tendió a la larga en el lecho, no para dormir a buen seguro, sino para reír con más descanso y mayor comodidad. Había llegado la suya! Su venganza se había realizado!

Esperaría, para dar suelta a los presos, a que se levantara don Leopoldo, y a la vista de él y de Jaraga, largaría al suelo

los dos largos kilos de hierro en forma de llaves, para que vieran de lo que era capaz una mujer cuando se veía ofendida en su orgullo.

—¡Eh! ¡No oye, tú! —dijo Jaraga dando con los nudillos en la puerta del cuarto de Mercedes. —¿Zape tú onde están las llaves de loz cuartos? Tóo er mundo étá encerrao y dizen que ha zío tú. Er zeforito díce que te levántes.

—Dile ar zeforito que ya voy. Y tú étate ahí al lao... por zí arguien viene d yevame.

Mordiése los labios Francisco, porque calculó de pronto todo lo que había hecho aquella mujer, coger en el garlito a los que pensaban cogerla a ella, trasquilarse a los que querían ir por lana, hacer morir por la boca a tanto pez como andaba rondando su persona.

Jaraga se vió infinitamente mezquino al considerar que él había dudado de mujer que se defendía de tal modo y que ganaba las guerrillas con tal brio.

—¿Cuálquítá se equivocó me páje a mí —contestó Francisco a las intencionadas frases de la moza, queriendo enmendar su yerro.

—Támien le quea luego ar que se equivocó er consuelo de cantá la gayina. Como si fuera la broma todo un combate, oíanse broncas, detonaciones dadas en las puertas de los cuartos, lamentos de desesperación de los que querían salir para ejecutar su venganza, gritos de los que pedían auxilio, porque algunos vinieron a las manos al verse corridos de tal modo.

Mercedes entretanto reía a más no poder, se retorcía de gozo en el lecho, y cada vez que oía una voz, un grito de socorro, quedábase traspuesta de una carcajada.

Abrió por fin la puerta de su cuarto cuando el sol venía ya a alumbrar aquel triunfo de su valer, y tropezóse con don Leopoldo que iba a gestionar cerca de ella si daba orden de que se pusieran en libertad los presos.

Dijo Mercedes que antes tenía que hacer oír unas palabritas a aquel calzonazo de su novio, y quería hacérselas saber delante del dueño de la casa.

—Lo que has hecho con esos hombres, Mercedes—dijo entre cómico y grave don Leopoldo—te eleva a cien pies más de lo que estabas a mis ojos, y me obliga a decirte lo siguiente: que desde hoy ganas doble de sueldo en mi casa, y quedas admitida a perpetuidad en ella. Cuanto a las palabritas que ibas a decir a este mozo, yo se las diré. Tú, Francisco—repuso, —que no se te vuelva a ocurrir dudar de una mujer como esta, que estaba por decir no te la mereces. Desde hoy quedas también admitido por el tiempo que quieras en mi casa; en ella tendrás un sueldo seguro.

—¿Que co un carifio mu grande ofreeo a Mercedes, señorito, prometiéndome no gorré a duar de ayí.

—No es mal regalo de boda—añadió mi amigo.—Y porque yo se lo ruego, ya a hacer Mercedes el favor de decir que acepta ese regalo.

—Por que uzte lo pie, no porque lo quiera este mal gachi—(y lo miraba con ojos que desmentaban sus palabras)—es por lo que armito la suya.—Y allá va también mi regalo de boa,—añadió arrojando el mazo de llaves en el suelo.

El sublime rasgo de la mujer arrojó dos gruesas lágrimas de los ojos de Francisco, y mi amigo quedó estupefacto ante aquel portentoso de virtud.

—Pocas mujeres pueden hacer en la vida un regalo semejante,—le dijo.

—Que abran a ezos infelice que eztan en la trampa, no ze loz vayan a comé loz ratone,—exclamó Mercedes sin poner oído al elogio.

Fuese a dar libertad a los presos Francisco, y don Leopoldo, entusiasmado ante mujer tan estapandamente sublime, le dijo:

—Los amigos míos que hay en esta casa, han lastimado un poco tu orgullo y han tratado de ver si daban al traste con tu virtud; pero te respondo de que te han de dar una satisfacción cumplida, de la cual no quedarás quejosa. ¿Tú quieres a Francisco? ¿lo quieres para casarte con él?

Juraría, yo que escuché aquella respuesta, que en los ojos de Mercedes, al decir sí, había como una levisima humedad de lágrimas.

—Pues sí es así, me declaro padrino de vuestra boda; tengo un plan que ya lo sabrás.

Soñando con lo que sería aquel plan, estuvo Mercedes toda la mañana, hasta que vió que se trataba de lo que dirá al empezar el siguiente capítulo.

(Se continuará)

SALVADOR RUEDA.

A MADRID ME VUELVO

Los que se aferran en buscar otro sol menos tórrido que el de Madrid y deciden, cuesto lo que cueste, ausentarse durante el verano, empiezan por exclamar: «salga el sol por Antequera.» y concluyen por quedarse a la luna de Valencia.

Suma y sigue: Sale de aquí una familia que podrá no gozar de otros bienes, pero que cuenta con el principalísimo de la salud, y la pierde porque quiere; porque es elegante no disfrutar de ella mientras dure el verano.

—Nos vamos a Biarritz por razones de salud—dicen.

Y este giro sabido es que se emplea cuando precisamente la salud no se aviene a razones.

Pero al fin consiguen perderla; estén ó no indicadas, toman aguas que suelen hacerles el efecto de un veneno... Oyen y obedecen a médicos que apenas conocen su naturaleza, y desoyen lo que opinara el que los asiste siempre. Y sucede que mientras el doctor de cualquier balneario receta a sus enfermos que no se bañen en el mar, el Galeno de la playa opina que deben zambullirse.

Y comenzando por exclamar: «Como me han revuelto las aguas», concluyen por revolver medio mundo en busca de alivio a bastantes males...

—Véase la clase: granos de diversa índole, catarros de distinto carácter, reumatismos mas ó menos agudos ó inflamatorios, neuralgias agudas ó agudísimas é insulaciones de mayor ó menor cuantía.

—Conste que la mayoría de las mujeres,

naden ó no, jamás se mojan la cabeza. Esto lo cometen por mor del físico, es decir, del bien parecer.

¡Ilustrados facultativos que leáis estas líneas, juzgad ese detalle y compadeced tanta presunción! Perdonadlas, porque no saben lo que se hacen!

Ello es que los médicos no se dan punto de reposo; porque los atacados de enfermedades son muchos.

El número de indigestiones es incalculable; se obstinan en comer todo lo que pagan, y crean ustedes que esto les suele costar muy caro...

Diálogos tomados al vuelo: —Mujer, ¿qué tienes? ¿Por qué llevas anteojos verdes?

—¿Ay, hija, dejé tan contenta a Madrid, que durante el viaje apenas he cesado de asomarme a la venta del coche; y, claro está, cuanto carbon despido la máquina debió entrarme en los ojos, y esto es causa de que llegara aquí fatal de la vista.

—¿Qué especialista te asiste?

—Uno muy famoso que por cada visita lleva un ojo de la cara; pero ya conoces a mi madre, paga con gusto un louis diario con tal de poderlo decir luego en la terraza del casino cuando todos la oigan.

—¿Por qué cojes usted, D. Manuel?

—¿Calle usted, hombre, calle usted! ¿Por qué ha de ser? porque mi mujer se obstina en que me calzara un zapatero de Bayona, y el picaro me ha destruido estos pobres pies, tan mimaditos por el mio de Madrid, que me hace un calzado comodísimo. ¡Pero en vista de que, según mi costilla, el español no es elegante, encargué al francés unos zapatos de piel clara, que comen más que un lobo, pues hay que darles limon, tomate, manteca y qué sé yo cuántos ingredientes más para que tomen un tinte especial, muy oscuro... Y las más de las veces soy yo quien hago esa operación, ó si no, mi mujer ó mis hijas; y luego, en desquite, vamos a la playa a darnos lustre nosotros... ¡después de habérselo dado a los zapatos!

—¿Nada más lógico...

—¿Esta usted asmática, condesa?

—Aquí, siempre. Conviendra usted donar un poco en que estas calles de Biarritz se han hecho para cabras, no para mujeres. Desde que me levantó no hago más que subir cuestras, así es que cuando subo a la cama me parece que subo al cielo.

—Y ¿por qué anda usted tanto?

—Porque mis hijas no tienen destino de mí, me traen y llevan como a un zarrandillo. Del Port-Vieux, donde se habían, vamos al banco de la plaza de la Marina, ¡que es para mí el de la paciencia! Y en ese banco se cambia, no papel moneda, sino papel de seda por el de estraza, pues los papeles más finos suelen allí quedar convertidos en los más toscos... ¡También se hipotecan muchas honras, y a tan abecedario interés que es imposible recuperarlas luego! Desde ese famoso sitio vamos a almorzar; luego recibimos gente, ó procuramos que la gente nos reciba... Más tarde la emprendemos hacia Bayona, y después, antes de regresar a casa, nos sentamos otra vez en el banco, que abandonamos para ir a comer; y... ¡de nuevo a una de la noche, me tiene usted en el Casino! ¡Y luego como mis hijas que hemos venido a descansar!

—Es un colmo... ¡Un colmo verdaderamente envidiable en esta época del año, porque es el colmo de la frescura!

—¡Mucha sed tiene usted, general!

—¡No he de tenerla, si no cese de beber vino, porque el agua esta es imbebible! Prefiero mil veces todas las contingencias de la guerra, a estas de la elegancia... Aquí me tiene usted sin agua, sin alimentos a mi gusto, con una humedad que cala hasta los huesos, y sin entender apenas el francés... ¡Todo porque mi doña Perpetua, ¡que ejalá fuera doña Tránsito!, dice que esto esto es elegante!

—¿Sabe que Elisita pescó...

—¿Un buen novio?

—No, un retuma, que por las trazas me de darla mucho que sufrir... Pero ella es tan necia, que de fijo dará por bien empleados esos dolores con tal de poder decir que los adquirió aquí, en esta incalzable playa.

—¿La familia buena, Emilio?

—Enfermos todos; pero guarde usted la mayor reserva sobre esto; porque mamá no quiere que llegue tal noticia a oídos de mi padre, que está en Madrid.

—Y que objeto se lleva su madre de usted al faltar así a la verdad?

—Como se fingió que el médico había dicho que estos aires convenían mucho a mis hermanas, que habían padecido intermitentes en Madrid, y aquí no se han repuestos, resulta que si él lo sabe se enfadará, se saldrá con la suya y ellas saldrán de aquí.

—¿Maria, ¿dónde van tan de prisa y tan sofocada?

—Hija, en busca de la cocinera número cuatro, y llevo aquí quince días. Yo creí que ese gremio estaba en Madrid mas maldado que en parte alguna; pero veo que está aquí peor... Y las picaras, con su aparente amabilidad, engañan que es un contento. A todo me dicen *est vous plait*; pero resulta que, tanto *est vous plait* como si no *plait*, ellas hacen su *non sancta voluntat*; sisan que es un placer... para ellas, y nos matan de hambre. Esto, sin duda es causa de que hayamos perdido el estómago...

—En Madrid lo encontras.

—¿Cuándo me encontrarás en Madrid!

—Cuando quieras, criatura; con tomar hoy mismo el tren, mañana estás allí.

—Eso se dice más pronto que se hace, y lo dices tú que no te llevas de esas cosas; pero si yo dijera a mi marido y a mis hermanas que me quería ir y que era capaz de regresar a Madrid en agosto, me mandaban a... cualquier parte, a



El Ayuntamiento nacional, y levantó y organizó aquel ejército de andaluces, nunca bastantemente enaltecido, que en los campos famosísimos de Bailén, al vencer al conquistador de la Europa asegurando la independencia de la patria y devolvió la libertad a las naciones que, aun siendo grandes potencias militares, ó no supieron, ó no pudieron defender sus hogares. No fueron blandos los andaluces para con los invasores, y desde donde nace el Betis a las playas gaditanas, la guerra fue cruel y sostenida, comenzada con la renuncia de la poderosa escuadra francesa al mando del almirante Rosilly, en la bahía de Cádiz, seguida por los guerrilleros en las sierras que cruzan las fértiles provincias andaluzas, donde cada hombre fué un héroe, continuada con la heroica defensa de Tarifa y terminada ante los muros de Cádiz, donde se estrelló todo el poder de los invasores, salvándose dentro del recinto de aquella insignie ciudad la patria misma allí acogida, que pudo al fin, libre y honrada, unir los organismos dispersos del Estado en aquella Constitución de 1812, discutida y votada entre el estruendo de la guerra y las amenazas de un enemigo poderoso, que tuvo al fin que sucumbir a la constancia y valor de los españoles.

Cuando Sevilla, en 1810, ciudad abierta y sin medios de defensa, sin ejército ni elementos para resistir, invadida por numerosas fuerzas al mando de famosos mariscales y del rey intruso en persona, vióse forzosamente en la necesidad de capitular, como capituló Madrid mismo con otros recursos de defensa, sufrió, como ninguna otra ciudad, la ira del enemigo, que no podía olvidar los servicios por Sevilla prestados a la justa causa de la guerra; mas si esta rica ciudad fué objeto de la codicia de los invasores y ocupada total y militarmente, presenciando durante dos años los mayores y más crueles abusos contra la religión, la vida y la hacienda, no se sometieron sus habitantes, ni reconocieron jamás a los enemigos de la patria, contra los que formaron aquella sociedad ó liga patriótica llamada *Congreso hispalense*, terror de los invasores, que tantos servicios prestó a la patria revelando los planes del enemigo al gobierno de Cádiz y a los que operaban en Andalucía, particularmente al ilustre Ballesteros, que tan brillante y heroica campaña sostuvo contra numerosos ejércitos, recaudando fondos, alistando soldados y repartiendo proclamas que enardecían el ardor del pueblo sevillano contra sus opresores, contribuyendo eficazmente a que las fuerzas del general Cruz Mourgeon hicieran más pronto evacuar la ciudad a los enemigos en aquel memorable día del 27 de agosto de 1812, en que los vecinos de Triana y de la Macarena pelearon heroicamente y vengaron con cruel matanza los abusos vanalicos de los invasores.

El pueblo de Sevilla, que dió el mayor héroe de la Independencia, que personificó todo el heroísmo de España, el ilustre Daoiz, y que prestó los servicios que ligeramente se indican, y que durante la ocupación de la ciudad, por su constancia contra los invasores, vió perecer en el patíbulo innumerables héroes víctimas de su amor a la independencia, entre ellos el presbítero D. Santiago Albertos, el guerrillero Francisco Carrillo y otros héroicos é inolvidables González y Palacios, cuyos servicios a la patria merecen un monumento a su memoria, no es seguramente digna de las injustas suposiciones que con harta ligereza se consiguran en el dictamen de la Academia de San Fernando, suposiciones que este Ayuntamiento, en nombre de la ciudad, rechaza con la mayor energía.

Fije, pues, V. E. su reconocida ilustración y recto criterio en el verdadero aspecto de este litigio, que por su índole especialísima ha logrado despertar la atención general, y cuyo fallo se espera con interés creciente por el público que ya conoce los antecedentes y fundamentos de la reclamación.

Vea V. E. de una parte el Hospital de la Caridad, que desde hace siglos presta en esta ciudad beneficios inmensos y alivia la miseria con mano generosa y amor cristiano, y derrama sobre el pobre desvalido los consuelos que el venerable Mañana, ardiendo en santa caridad, legó a los pobres de Sevilla, desprendiéndose de su hacienda para fundar Casa de Consejo y amor; vea V. E. que al reclamar ésta el cuadro de Santa Isabel pide lo que de derecho le pertenece, porque fué pintado por el inmortal Murillo y costado y donado por Mañana para la hacienda de sus pobres; que el cuadro fué arrebatado por la fuerza del gobierno intruso de José Napoleon, llevado a Francia y devuelto a nuestro gobierno, se ordenó por reales decretos de Fernando VII volvieran con los demás lienzos sustraídos a sus legítimos dueños.

Vea V. E. de otra parte a la real Academia de San Fernando, corporación oficial que vive del Estado, que, con olvido de todas las disposiciones legales, y con menoscabo del derecho de propiedad y contra toda justicia, detenta una joya que no le pertenece; y vea, por último, V. E., que al lado del Hospital de la Caridad cuyos derechos al cuadro son indiscutibles, está la ciudad de Sevilla vivamente interesada en que ese cuadro inimitable luzca de nuevo aquí, donde todas las naciones cultas vienen a estudiar y admirar los prodigios de la escuela sevillana, y algo debe de pesar en el recto ánimo de V. E., que sobre ser tan justa la demanda, la sustente y ampare este Ayuntamiento, que es Sevilla misma, la tercera ciudad de España, la más importante de Andalucía, la que por su riqueza contribuye en considerable parte a sostener las cargas del Estado, cuya historia brillantísima es una serie de sacrificios gloriosos por la patria, y sus hijos ilustres en letras y artes prestaron siempre el mayor brillo a la cultura de España.

Y por todo lo expuesto, este Ayuntamiento espera de la reconocida justificación de V. E., que olvidando toda consideración secundaria que se opone a la justicia y al derecho, acuerde la devolución del cuadro de Santa Isabel al Hospital de la Santa Caridad, que es su legítimo dueño, satisfaciendo así la más estricta justicia y los más vehementes deseos de la ciudad de Sevilla.

En esta Casa Capitular de Sevilla a 31 de agosto del año 1891.

LAS HORAS MADRILEÑAS

LAS ONCE DE LA MAÑANA

LA VESTAL CULINARIA

Madrid se dispone a sentarse a la mesa y prepara su almuerzo; todas las escaleras de las casas huelen a guiso; por las ventanas de los patios sale un estrepitoso martilleo de almirez y un perfume

de aceite que se frie: es la hora solemne de la cocina.

La fresquísima fregona, exuberante de carnes como un desnudo de Rubens, remangada hasta los codos, encendido el rostro por el calor del hornillo, maniobra, pegada al fogón, con un ejército de cacharros, a la vez que canturrea con desahogada voz las últimas coplas de la zarzuela de moda, que ya oyó desfiguradas a los ciegos de la bandurria. Ahora golpea con el mazo el trozo de vaca para blandecer el músculo acartonado por la edad, recordando lo foto con el cuchillo y arrojándose al gato, que pacientemente aguarda lo que taiga sin quitar ojo a la Maritornes; luego monda las patatas y las parte en rajitas, echándolas en la sartén, que despide un vaho picante y que las recibe con alborozado estrépito; después, poniendo a contribución en mortero varias especias, alia la salsa del pescado que allí reposa cocido y limpio sobre la fuente de loza, interrumpiendo la faena para añadir cok al fuego y salir a abrir la puerta cada vez que repiquetea en el pasillo la campanilla; y quedándose de cuando en cuando ociosa y distraída, con gran peligro de que las patatas se churrusquen, solicitada por el dulce recuerdo del cabo de dragones con quien habla, ó por la sonriente silueta del encargado de la tienda de ultramarinos que sospecha que se «la va a declarar».

Y acoete que el ama asoma por la cocina en uno de estos seraficos éxtasis, sorprendiendo a la criada en su arrobaamiento; que la señora, con las pupilas como las brasas del fogón, estalla en un iracundo «Las once de la mañana y aún está usted así», y que la fregona, arrancada bruscamente a sus delirios del arma de caballería, contesta con una grosería de a folio, enredándose entonces entre ambas la más descomunal y atronadora reyerta a gritos, mientras el aceite empieza a churruscar lo que frie muy contra su voluntad, pero sin poder pasar por otro punto: A veces la maritornes calla y la cosa no cobra mayores vuelos; pero a veces alza tanto la voz como su contrincante, y la pelea concluye por quemarse definitivamente el almuerzo y por obtener la muchacha la cesantía de su cargo, abandonando para siempre el culinario laboratorio donde sintió la nostalgia de los dragones.

LA CASADA MATUTINA

Las once de la mañana tienen en la coronada villa una silueta adorable: la de la madre elegante que sale sola. Vestida con un sencillito traje de «tela de hombre» ó con una lisa falda de batista, asomando los zapatos rojos de piel de Rusia, medio eclipsada por la gran sombrilla, de velo, el rosario liado a la muñeca izquierda sobre el guante, con esa frescura de rostro reveladora del reciente laveteo, andando á escape, con sus pasos menudos, como si tuviera gran prisa, pero parándose a cada momento en los escaparates de las tiendas de modas y en las joyerías de lujo, va por esas calles la suave figura blanca arrancada a la talla de felpa roja de un aureo mueblecillo de tocador. El mayor pronunciamiento de las líneas, la ausencia de acompañante alguno, el atractivo de cosa vedada que trasciende de la linda persona, dejan adivinar en ella a la mujer casada, que tiene dueño: los transeúntes la miran; unos no la dicen nada, otros la propean, y la diosa, despreciando el culto, camina impasible sin dignarse acoger la más mínima lisonja de aquel reguero de flores que los que se encuentra arrojan en seguida á sus pies.

La casadita joven tiene dos horas de tienda: la de la tarde, la pública, por decirlo así, ostentosa y teatral, de gran espectáculo, apropiado para lucir el tren y hacer rabiar á las amigas, y la de la mañana, la íntima, la de confianza, modesta y oscura, sin cortejo ninguno, sin otra intención que la de comprar lo que necesite... allá va; salió de casa con el tarjetero repleto; paga aquí, paga allí; ahora las camisas de su marido, luego el sombrero suyo, después el regalo al conocido que contrae matrimonio, ó el obsequio al pariente cercano el día de su santo, revelando así que no confía á nadie las riendas del hogar; se le pasa la mañana en un periquete; pero todavía le queda espacio para entrar en la iglesia á rezar la estación y para perder cinco minutos escogiendo en el kiosko de la florista tres ó cuatro claveles. Y á punto de almorzar, risueña, contenta, feliz, satisfecha de su transparente libertad; sin ninguna silueta de coche simon, de calle escusada, de casa misteriosa, ni de dicha furtiva; cargada de grandes envoltorios, con su andar menudo de palmipedo, regresa á su domicilio la interesante *mesocrata*, ávida de enseñar á su esposo los objetos que ha merecido y de obtener su aprobación y de decirle segundo por segundo cómo ha empleado su tiempo, el día que se presenta, las novedades que ha visto y los amigos que se ha encontrado en su correría.

ANTE LA TAQUILLA DE CAJA

El dinero, el gran despota universal, hace madurar á sus esclavos; las casas de banca son las primeras oficinas que abren sus puertas: á las once, el agujerillo de la taquilla de caja muestra ya por su abertura las manos de los empleados, única cosa que cabe por aquel túnel internacional por donde pasan al cabo del día tantos miles de pesetas, chelines, liras y francos.

Nada más singular que estas oficinas, ni nada más extraño que estos funcionarios, condenados como naufragos perdidos en las olas, que distinguen el barco salvador de la muerte, que no los vé, á manejar fortunas que podrían sacarles de la miseria en que viven, sin la esperanza de poseer jamás un capital. Basta una mirada para vislumbrar en ellos la escasez; en el rostro pálido y en los ojos tristes se les adivina la penuria de su existencia pobre: los muchos hijos, las imprescindibles necesidades, la paga, que no llega hasta fin de mes; en su mayoría van ruidos, astrosos, disimulando ó procurando disimular la vejez de la ropa en fuerza de cepillo. El que gana tres pesetas diarias es un potentado; en cambio, el trabajo dura todo el día en amarga compensación, por la mañana, y por la tarde hasta anochecer.

El cajero contrasta a la legua con sus auxiliares; entre él y los dependientes media un abismo; por lo general está asociado á los negocios de la casa, es medio dueño, y le rebosa la linfa de su desahogada posición social; por su persona encarnada, cosmética, bien oliente y vestida con arreglo al último figurín...

gruesos, el cajero feliz se ha guardado su tanto por ciento en el bolsillo, y sólo de los miseros escribientes, medio ciegos de tanto sumar, que el veinte de cada mes se ven obligados a solicitar un anticipo, no concedido á veces, no se ha acordado el dinero cruel, sordo eternamente á los que lloran...

Pobres escribientes de las opulentas casas de banca, símbolos de la honradez intachable, sentenciados por la suerte á ser testigos del perpetuo encumbramiento de los demás, sintiendo como Prometeo sujetos a la roca maldita de vuestra desgracia, con qué tristeza vereis llegar todos los días la hora de las onces...

LA HORA ANODINA

Antaño, en la suspirada época de los empleados, con manguitos de percalina, de los honrados cochuchuelistas y de los frailes visteros, en que se comía el castellano cocido á las dos de la tarde debió, de ser una de las horas más características de la villa coronada, esta en que se tomaba las onces en bien de la salud del estómago, matando el gusanillo con cualquier fruslería que sin apagar el apetito mitigase la necesidad.

Hoy, las once de la mañana es una de las horas menos madrileñas de las veinticuatro de que se compone el día; no es la hora de las modistas, ni de la parada, ni de los elegantes; no es la hora de la comida de los trabajadores, ni del paseo por las calles, ni de la entrada de los teatros, es una hora bulliciosa, animada, de gran población manufacturera, de gente que va y viene á sus negocios caminando á paso rápido, de tranvías en todas direcciones, de omnibus, de extraordinario movimiento, pero sin nada peculiar ni propio, sin ninguna nota fuera de la de los sitios que distingue esa bulliciosa columna y determine si es parisien, londinense ó acusadora de la ciudad del Manzanares.

ALFONSO PEREZ NIEVA

EL TIO MAROMA EN LA ACADEMIA

¿Qué duda trataba yo de aclarar? A fe mía que no lo recuerdo. El caso es que para evacuar la consulta abrí el *Diccionario de la Lengua*, modelo de bondad... tipográfica y que extraviado de mi objeto primitivo, pasé largo rato entre hacer curiosas investigaciones y hacerme cruceles.

Lo primero que mis ojos notaron fué la lista de académicos; y como detrás de cada nombre seguían numerosas líneas de texto, pensé desde el primer momento que se consagrarían á enumerar los merecimientos literarios que les habían abierto las puertas de la docta corporación. «Ahora sí que voy á salir de muchas dudas», me dije interiormente; «ahora sí que voy á conocer los títulos siquiera de los desconocidos trabajos de muchos conocidos académicos.» Qué desencanto! En aquellos párrafos solo se dice que el académico señor A. es jefe superior de administración, ex ministro y diputado; que el señor B. tiene todas las grandes cruces de España y del extranjero; que el señor C. ha sido y está en aptitud de volver á ser plenipotenciario en cortes extranjeras; y así todos. Decididamente, tendré que renunciar á conocer qué han hecho en su vida literaria los que hoy ejercen la literatura oficial y á su antojo dictan leyes al lenguaje.

Abreviaturas que se usan EN CASTELLANO, tropecé entre otras con las siguientes:

- D. O. M. Deo Optimo Maximo. in p. inf. in partibus infidelium.
N. B. Nota bene.
ib. ibidem.
P. S. Post scriptum.

Conste, pues, que las palabras y frases que anteceden son castellanas, aunque otra cosa sponga la malicia. Chocóme después el exiguo número de etimologías éuskaras que contiene el Diccionario, cuyos autores han acudido á todas las lenguas muertas, enterradas y aun putrefactas, para investigar orígenes que tenían en la propia casa; chocóme también la inconsecuencia de las Academias en la admisión ó no admisión de voces didácticas y profesionales; la generosa hospitalidad que sigue concediendo á voces arcaicas, que ningún escritor, ni aunque sea académico, se atreve á emplear en sus trabajos; y la ausencia de sistema y criterio que respaldan en todas las páginas de ese código del bien hablar, que si correspondiese por su fondo á la bondad de la imprenta que lo ha compuesto y del papel en que se ha hecho la tirada, sería obra notabilísima.

Pero como no me juzgaba llamado á poner semejantes reparos ni á investigar faltas, que ya han sacado á irán sacando á la vergüenza personas competentísimas y que no figuran, por ende, en la sabia corporación, seguí revisando al descuido las definiciones y sin querer tropecé con las siguientes que me obligaron á afianzarme en el sillón para no caer de espaldas:

- Médica.—Mujer del médico.
Abogada.—Mujer del abogado.
Boticaria.—Mujer del boticario.
Presidenta.—La que preside. La mujer del presidente.
Sirvienta.—Mujer dedicada al servicio doméstico.
Rea.—Mujer acusada de un delito.
Jefa.—Superiora ó cabeza de un cuerpo ó oficio.

Debo decir, en descargo de los académicos, que no han puesto *tesa* ni *juzga*, como hubieran debido hacer para ser consecuentes con la admisión de *jefa*, *rea* y demás femeninos que dejo apuntados. Y pensar que cada una de estas voces habrá costado acaso una sesión y el abono de las correspondientes dietas á los que limpian, fijan y dan esplendor al lenguaje!

Sin embargo de todo, la responsabilidad no debe ser de los señores que figuran en la nómina académica, sino de alguna otra persona á quien de fijo habrán consultado. Ahora recuerdo que en un sainete de Ricardo de la Vega, *La familia del tío Maroma*, el protagonista desfilando la tesis de que

Siempre toma la mujer el oficio del marido. Y dice en comprobación de su teoría: La mujer del juez, la jueza; del fiscal, la fisala...

se llama registradora á la del registrador. Pues la mujer del tenor, ¿qué dice que será? La tenora.

«No está claro, como la luz del día, que el tío Maroma ha tomado parte muy activa en la confección del vigente Diccionario?»

Si así es, como yo lo sospecho, ¡ingo conveniente que la docta corporación se apropié glorias ajenas, y que se apresure á darle posesión de una de sus plazas de número, ya que es académico por derecho propio. Hagalo así y no faltarán seguramente á la solemnidad de la recepción D. Benito su yerno, el tío Lucas, Juan el Tuerto y los dos primos, cuyos nombres no recuerdo, que obsequiaban al tenor Amoram arrojándole *mala catones* desde el paraíso del teatro Real.

M. OSSORIO Y BERNARD

COSAS DE MADRID

Hace algunas noches fui testigo de una escena cómica que sirvió de gocejo á los individuos que toman el fresco sentados en la fuente de la Puerta del Sol. Voy á referir el suceso, adornándolo con cascabeles, es decir, con todos los detalles que he podido recoger posteriormente.

Doña Virtudes posee el marido más barato de Madrid. Le sale por una friolera, porque D. Santos, que así se llama el interesado, es un modelo de economía y de buenas costumbres.

No fuma, ni toma café, ni bebe horchata, ni concurre á los teatros, ni va á ninguna parte donde tenga que gastar dinero. Al oscurecer sale de su casa, revisa los escaparates de los principales comercios, y después de un largo paseo de higiene recreativa, se sienta en la fuente de la Puerta del Sol.

Echa un párrafo de intereses generales, política y astronomía con los socios más comunicativos de aquel círculo fresco, y al sonar las diez en el reloj vecino, ó sea en el del ministerio de la Gobernación, se levanta, bebe agua en la fuente sin escrupulo alguno, despídese de sus compañeros nocturnos y muy despacito se encamina á su domicilio.

A las once menos cuarto entra D. Santos en su habitación y refiere á la familia las impresiones que ha recogido en la tertulia de la fuente. «¿Estaba el agua fresca?»—le pregunta doña Virtudes. «¡Riquísima!»—dice el marido.—Esta noche me la hubiera sorbido toda.

«¿Y qué hay de nuevo, papá?»—interroga la niña mayor, cerrando el libro donde estudia para profesora en alumbramientos.

El padre hace uso de la palabra, cuenta minuciosamente las noticias del día y doña Virtudes comenta los sucesos hasta que la criada interrumpe la sesión avisando que la cena está dispuesta.

Una noche, D. Santos no volvió á su casa á la hora de acostarse. Doña Virtudes y sus dos hijas se alarmaron sobremedura y no acertaban á explicarse el motivo de aquella tardanza. «Dieron las doce, y el buen señor no parecía.» «¡Clotilde!»—exclamó la mamá.—¿A tu padre le ha sucedido algo? «Casta, alguna cosa le ocurrido á tu padre!»

«No te asustes, mamá—suplicó Clotilde. Puedo ser que algún amigo le haya convidado al teatro... Ya verás como no tarda en venir.» «Yo opino lo mismo,—dijo Casta.—Estais equivocadas; á vuestro padre le ha ocurrido alguna desgracia.

«Pero en qué te fundas para discurrir así?» «Tu padre no hubiera aceptado ningún convite esta noche...» «Y por qué no?» «Porque sabía que cenaríamos mondaras de patatas con uñas de gorriones, que es su plato favorito, y por nada del mundo hubiese dejado de venir á las once para comerlas calentitas.

«Tienes razón—dijo la futura profesora en alumbramientos. «Dios mío, qué le habrá pasado!»—suspiró la otra niña.

«Yo tengo la culpa de esto—esclamó la madre—por haber consentido que saliera esta noche. ¡Todo el día ha estado diciéndome que le dolía la cabeza y la punta de la nariz! ¡Quién sabe si se habrá pasado peor!»

«También á mí me dijo que sentía mucha debilidad en los ojos, y que con el derecho no veía más que ratones luminosos dando saltos.» «Te dije eso?» «Sí.»

«¡Virgen Santísima! ¡qué desgracia! ¡Siempre que tu padre observa ese fenómeno óptico, le suce algún percance! ¿Os acordáis del día que en la calle del Carmen se le incendió la caja de fósforos que llevaba en el faldón de la levita?»

«Sí, cuando tuvieron que apagarlo con una manga de riego.» «¿Qué susto pasamos!» «Pues bien, aquel día me dijo, mientras le abrochaba los tirantes que le regaló el panadero la Nochebuena: Virtudes, yo veo ratones luminosos con el ojo derecho.»

«¿Ahí está!» «Sí, cuando me acordé de lo que me pasó.» «¿Por fin!»—exclamó la anciana esposa simulando un síncope de vértigo.

«¡Gracias á Dios!»—dijo Clotilde abrazando á su padre. «Pero ¿cómo has estado?»—agregó Casta besando al autor de sus días y noches.

«Tranquilizarse; no ha sido nada—advirtió el jefe de la casa. «¿Está lloviendo, papá?»—preguntó Clotilde notando que su padre venía húmedo.

«Si trases la levita mojada,—añadió la otra hermana. «¿Te han echado algún cubo de agua sucia?»—dijo doña Virtudes. «No, mujer; ha sido otra cosa más grave...»

«¿Uff...!» «No; tampoco es eso.» «Entonces...» «He estado á punto de ahogarme!» «¿Jesús!» «Lo estaba viendo, niñas! Mis temores eran ciertos...»

«Después de todo, la cosa ha tenido gracia—murmuró don Santos sonriendo. «Pero ¿qué te ha ocurrido?»

«Ya sabéis que tengo el vicio de beber unos cuantos sorbos de agua en la fuente de la Puerta del Sol, antes de retirarme.» «¿Sí?»

«Pues esta noche, al apoyar las manos en el borde de mi abrevadero, un mal intencionado, un enemigo oculto, sin darme cuenta, me empujó por detrás con tanta violencia, que caí de cabeza al agua, y estuve ejerciendo de buzo torpe y tragando líquido, hasta que me pescaron los guardias de Seguridad. Fui llevado en procesión á la Casa de socorros y allí me desaguaron.»

«¿Con alguna bomba?»—preguntó doña Virtudes. «Me parece que sí. Estaba tan aturdido que no me acordaba. En seguida me desahogaron, y envuelto en una sábana esperé que se creara un poco el traje para poder marcharme. Esta ha sido la causa de mi tardanza.»

«¿Y por qué no te viniste embocado en la sábana?»—dijo la esposa de D. Santos. «¿Mujer!»

«¿Qué tenía de particular eso? Hubiera creído la gente que eras un mozo de la embajada que se había quedado en Madrid para perseguir el matute. Don Santos se quitó el sombrero, y entonces las tres mujeres gritaron á un tiempo: «¿Y la peluca?»

«¿Y Dios mío, qué desgracia!—exclamó el marido de doña Virtudes llevándose las manos á la cabeza.—Se ha quedado dentro de la fuente! Hasta ahora no me había apercibido.»

«Hay que recuperarla á todo trance—ordenó la señora de D. Santos,—porque es un recuerdo de familia. No habrás olvidado que esa peluca la usaba mi abuelo para picar novillos de beneficencia en la plaza de Valladolid.»

«No lo he olvidado. Mañana me levantaré muy temprano y practicaré un reconocimiento en el agua, con un gancho.»

«Mejor sería que hicieras una exposición al Ayuntamiento pidiendo permiso para pescar la peluca en la fuente. Creo que sería atendida tu solicitud por tratarse del pelo postizo de nuestros antepasados.»

«No has pensado mal; pero mientras conceden la autorización, ¿qué me pongo en la cabeza? Porque así no salgo á la calle...» «Papá, no te apures—dijo Casta,—yo te haré una peluca interina con mi manguito viejo.»

MIGUEL MENDEZ ALVAREZ

DESDE EL BOULEVARD

LOHENGRIN

El telégrafo ha llevado á esos lectores las noticias de los incidentes de más bulto que han marcado la primera representación en la Gran Opera de París, del *Lohengrin* de Wagner.

Los contratistas del *patriotismo* no han conseguido por esta vez impedir que los aficionados á la buena música oigan y aplaudan una de las obras maestras del arte lírico, que, como todas las artes, es cosmopolita, no tiene ni debe reconocer fronteras, y debe estar por encima de todas las políticas interiores y exteriores.

En este caso particular del *Lohengrin*, las razones que se pretendían y se pretendían dar contra la representación en la Academia Nacional de Música de París de la ópera del maestro alemán, salen de los límites del *chovinisme*, para entrar en el terreno del ridículo ó la locura.

Encontrar antipatriótico que se represente en París lo que se ha aplaudido con entusiasmo en toda Francia y lo que los mismos parisienses han ido á aplaudir á Ruan no hace aun cuatro meses, es una manera de entender el patriotismo que se está dando de cachetes con la *Égloga* y el buen sentido.

Justo es decir que de parte del buen sentido está la inmensa mayoría de los franceses y de los parisienses; y que si fuera á hacerse un recuento concienzudo de los que anoche pretendían salvar la patria—en peligro porque se aplaudía á Wagner en la Opera, y cantando la *Marsellesa* en el boulevard y dando vivas á Rusia—país donde se hacen con gran aplauso las óperas del maestro de Bayreuth,—apenas si se sacarían tres ó cuatro millares de alborotadores, menores de edad en su mayoría, que iban allí á gritar y á protestar, sin saber á punto fijo por qué ni de qué, impulsados por la media docena de adulados boulangieristas que van quedando para estos casos, y los cuales, por cierto, dieron muy poco ó nada á ver sus fisonomías. Sin duda profesan la filosofía que encierra la frase de un jefe de *communards*, que al explicar su conducta y su presencia entre una turba de incendiarios, decía con la mejor buena fe del mundo:

«Siendo yo su jefe debía seguirles. Esto prueba que hay jefes que entienden que su puesto está en la cola, y de esos deben ser los promovedores del alboroto de anoche y de los que se nos prometen para mañana y sucesivas representaciones del *Lohengrin*».

Por la muestra que anoche nos ha ofrecido el prefecto de policía de París, no hay que temer que los marmirones de la calle lleguen á impedir á los espectadores ni llegar al teatro, ni oír su ópera tranquilamente, ni retirarse luego en paz á sus hogares.

La diluzura de los *serpents* está muy lejos de ser proverbial cuando llega el momento de dar las cargas para despear los grupos numerosos y chillones, y las lluvias de puñetazos y puntapiés que los guardias hacen caer sobre la multitud, levantando más de un chichón en las cabezas de curiosos inofensivos.

Pero bien mirado, los curiosos se tienen merecido el cosquís que les toca en suerte, ¡quién les manda ir allí donde saben que será seguro el reparto de trastos? Lo prudente en tales casos es quedarse en casa ó pasear por cualquier sitio que diste más de medio kilómetro del teatro de los acontecimientos ó del teatro de la Opera, en el caso presente.

Las intenciones para turbar las representaciones sucesivas son más de tener. Una veintena de alborotadores bien organizados bastarían para no dejar oír en paz la ópera, pues aunque repartidos entre toda la noche, no contamos sino á diez ó doce minutos de ruido y barullo, por cada explosión de espectador intransigente, veinte explosiones dan un total aproximado de 240 minutos, ó sea, cuatro horas tiempo igual al de duración de *Lohengrin* con extractos y todos; de manera que si los anti-wagnerianos ó anti-lohengrinianos ó anti-páticos tum *Lohengrin* tienen bastante dinero y bastante

Habrán para intercalar veinte de los suyos decididos a escandalizar en la segunda representación, podemos prometer a nuestros lectores largos telegramas en la noche de mañana a la hora que salga el teatro, que tanto puede ser la ordinaria, como anoche, ó de la del día, si los incidentes prolongan desmesuradamente la duración del espectáculo.

Mientras tanto, hablemos de la parte artística de la representación de anoche.

Si Wagner, desde el otro mundo, ha podido ver y oír su ópera, la satisfacción artística que haya experimentado su espíritu habrálle hecho olvidar las amarguras que el estreno de su *Tannhäuser* en este mismo París debió producirle hace veinticinco años.

Y si el éxito de anoche ha sido de los que caen pocos en libra en la Ópera de París, se debe principalmente a la perseverancia de Mr. Lamoureux, el verdadero triunfador en este estreno, tanto como al esmero que los directores de la Ópera han aplicado a poner en escena el *Lohengrin*, siguiendo con verdadero culto todas las indicaciones, todos los deseos hasta en los menores detalles, expresados por Wagner en diversas ocasiones de su vida.

Puede decirse que el espíritu del maestro alemán ha dirigido los ensayos de *Lohengrin*.

Los actuales directores de la Ópera no contaban ni con mucho con las simpatías de la prensa y la crítica; y esto da extraordinario valor al aplauso unánime con que el estreno ha sido recibido y á los elogios que los periódicos de esta mañana — exceptuando, naturalmente, los que llevan la batuta en la campaña del desorden de la calle — prodigan á monseñores Ritt y Gailhard.

Se ha tenido presente toda la correspondencia cruzada entre Wagner y Listz cuando éste presentó en el teatro de Weimar, por primera vez, la obra del maestro desterrado. Entonces, los recursos del teatro de Weimar obligaron á Listz á acercarse en lo posible á la voluntad de su amigo sin realizarla por completo.

Más tarde, en Alemania, en España, en Italia, en Inglaterra, en Francia misma, se han establecido á manera de diversas tradiciones, según los gustos del público, el temperamento de los artistas y los medios de que disponían las empresas, para la interpretación de *Lohengrin*, cortando diversos pasajes de canto ó de orquesta, cambiando algunos movimientos y sobre todo, simplificando la composición de los coros.

Anoche se han seguido al detalle, sin descuidar nada, sin la menor omisión, todas las indicaciones del autor, conformándose con ellas hasta para la confección de los trajes, los movimientos de los actores y la distribución de las partes.

La orquesta que, como es sabido, tiene papel preponderante en la obra, ha estado magistralmente dirigida por Mr. Lamoureux, y no es empresa fácil dominar esta orquesta de la Ópera en que cada profesor se cree más independiente que el director mismo.

El preludio ha sido saludado al final con una triple salva de aplausos, rompiéndose así el hielo, para dar paso al favor artístico con que se ha escuchado toda la partitura.

Se había dado nueva disposición á la orquesta, colocándola más baja, casi como en Alemania, y Lamoureux tenía su papel de modo que podía dominar los músicos y la escena sin que por esto descolara su figura sobre las cordilleras.

Los coros, sobre ser lo bastante numerosos para ejecutar á la letra las indicaciones de Wagner, en lo que toca á la distinción y proporción de las ocho partes corales, se han movido como actores independientes. Lo cual en ciertas escenas como en el coro guerrero del segundo acto ha producido un efecto completamente nuevo y excelente.

Los artistas encargados de las primeras partes ofrecen un conjunto tan acabado como perfecto, sin que en ellos se haya notado el efecto de las innumerables amenazas anónimas que estos días han recibido, ni el temor bien natural de los incidentes que en este extremo pudieran producirse.

Van Dick tiene una preciosa voz, quizás un poco blanca, que llega cuando conviene á una intensidad de expresión y á una potencia extraordinarias. No sabemos por qué nos ha presentado un caballero del Cisne completamente imberbe, lo cual le da cierto aspecto sacerdotal, por no decir afeminado. Por lo demás, irreprochable como actor y como cantante.

Rosa Caron es una Elsa verdaderamente patética é interesante, encontrando acentos verdaderamente conmovedores en la plegaria, en la invocación nocturna y, sobre todo, en el gran dúo.

Madama Fierens ha conseguido á fuerza de talento hacer simpático el papel de Urtrudis, y que se escuchan con agrado los dos larguísimo dúos del segundo acto; y M. Ronand ha hecho un Federico de primera fuerza.

Las decoraciones de *Lohengrin* no se prestan á complicaciones ni suntuosidades. Pero los directores de la Ópera, siguiendo en esto también las indicaciones de Wagner, han tratado de darles magnificencia. La del primer acto es notable, sobre todo por la poesía del fondo; pero la más hermosa es la del pueblo del segundo acto, verdadero primer de arte y de arqueología. El amanecer, la procesión de las mujeres á la fuente, el despertar de los guerreros, son otros tantos cuadros presentados con verdadera perfección artística.

En resumen, un éxito completo que es de desear no malogren los sílidos de unos cuantos marmiferos dirigidos por los restos del boulangierismo.

RICARDO BLASCO.

París, 17 setiembre 1891.

UNA HISTORIETA VIEJA (1)

(CON SU CORRESPONDIENTE MORALEJA)

Refiere una añeja historia, — que debe estar archivada en una villa ignorada de la provincia de Soria, — que allá por el año mil — ignoró en qué mes sería — la comarca recorría cierto trovador gentil, tan celebrado en España por sus estrofas de amor como por sus canciones de guerra.

de más de cuatro docenas partía los corazones.

Rubio el bigote y poblado y blanco y poblado el pelo; ojos del color del cielo — al el cielo no está nublado, — un suavísimo vaivén que le mecía al andar, y en la barbilla un lunar que le sentaba muy bien.

Tal era el tipo gentil del rey de los trovadores que andaban cantando amores allá por el año mil.

Ganoso el bardo de gloria, buscáballo en todas partes; y llegó un lunes... ó un martes, al pueblito de Soria, llevando la lira al hombro, la tizona á la cintura y causando su apostura estupefacción y asombro entre la gente sencilla, honrada y trabajadora que pa aba hora tras hora fabricando mantequilla.

Había en el pueblo aquel una muchacha preciosa, bonita como una rosa y fresca como un clavel. Por la gallarda y lo bella á los mozos trastornaba... ¡Así el boticario estaba loco perdido por ella! Mas para ella no ofrecía encanto alguno Olegario... ¡Era un pobre boticario sin corazón... sin poesía! El aspiraba inocente al amor de la soriana, sin reparar en que Juana le despreciaba hondamente!

Así cuando vio á su reina, rendido y enamorado, al trovador celebrado, al de la rubia guedeja, á la reina acudió pronta á oír la amorosa cántica; que Juanita era romántica, y, por lo mismo, algo tonta. El bardo errante temió la lira; dió un ¡ay! al viento, y con conmovido acento de esta manera cantó:

—Sultana del almá mta, ¡Juz de donde el sol la toma, porque á tus ojos asoma con vivo fulgor el día, deja que, puesto de hinojos, te dedique mi canción, pues me abrasó en el balcon — digo, volcán — de tus ojos. Desde á este pueblo llegué, latiendo mi pecho está de amor... (Suspirando); ¡Ah! ¡En cuanto te vi, te amé! ¡No me desdices, por Dios! ¡Mitiga mi frenesí! ¡Me siento capaz por tí de una atrocidad... ó dos! — ¡Calló el vate. La aldeana tornó en dulce el ceño adusto... ¡Estaba loca del gusto de oírse llamar sultana! Y ya del amor cautiva, sólo pensó en el amor que la inspiró el trovador con su endecha subversiva!

Las lecturas, siempre ingratas de novelas idealistas, hacen de muchachas listas unas grandes mentecatas. Juana tenía afición á leer, y se comprendió; que aquello que no se entiende causa más admiración. Y aprendió raras palabras — que eran entonces de moda — mientras su familia toda ¡apacentaba las cabras! Así la aldeana rústica sin saber lo que decía, decía que la poesía era el arte más ¡acústica! Y sucedió que al oír al bardo, tembló su ser... ¡Los impulsos del querer no se pueden resistir! Le quiso con loco amor, con idolatría ciega... mas como el hombre la pega, se la pegó el trovador. De la noche á la mañana, ganoso el bardo de gloria, al desaparecer de Soria dió al olvido á la soriana. Y al ausentarse el doncel quedó la niña llorosa, ¡mi bella como una rosa, ni fresca como un clavel! Hacia el prosaico Olegario su pensamiento volvió... ¡Que si quieres! ¡Encontró casado aquel boticario con una joven no rica, pero de rozen serena... ¡Una muchacha tan buena casi como la botica! Y Juana, la pobre rústica con ribetes de romántica, comprendió, al fin, que la cántica del trovador, ¡no era acústica!

¡No soñéis, niñas sensibles, con amores de poetas! ¡Recordad que las cuartetitas no son cosas comestibles! Su amor es un pure engaño y el mejor es un ¡pillastre! ¡Esto lo asegura un sastre que conoce bien el paño! ¡Qué es vate? ¡Un pobre chico que os hace en verso el amor! Para marido es mejor un boticario... si es rico!

CALIXTO BALLESTEROS.

He aquí lo que en la semana que hoy ha sido la pregunta general que todos hacían. Y en efecto la preocupación de altos y bajos, tirios y troyanos, es si habrá ó no guerra, cuándo la habrá y quiénes serán los contendientes. Sea porque, en mi opinión, no habrá tal guerra, sea porque aun cuando la hubiese sería imposible fijar la época en que tendría lugar y quiénes serían los combatientes, sea por último porque á nuestro país solo le conviene la prudente línea de una absoluta neutralidad, es el caso que no nos ha apasionado tanto este asunto como á los ingleses que han acabado por decir algo.

Arrimando, como vulgarmente se dice, el ascua á su sardina, los franceses han creído que el golpe de Estado (que así le llaman) del sultán, permitiendo al czar atravesar los Dardanelos primero y después arrojar del poder al ex-gran-Visir, que era una de las personas más afectas á la Gran Bretaña, ha disminuido la influencia británica exaltando la de la Francia.

Y como no solo ha padecido en su amor propio la Inglaterra, sino que la Triple alianza también ha sufrido rudo golpe, de aquí que los espíritus belicosos vean ya la guerra declarada para la próxima primavera colocándose de un lado Francia y Rusia, del otro Austria, Alemania é Italia, y como es de suponer, vendiendo la dupla á la triple alianza. Mientras que á la Inglaterra se le ha amenazado indirectamente con la posibilidad de que Rusia tome Constantinopla, John Bull no ha rechazado; pero en cuanto se ha tratado de la evacuación del Egipto, ya no ha podido contenerse, y el Standard, órgano de lord Salisbury, ha escrito poco, pero bueno.

«El sultán — dice el Standard — se engaña miserablemente si cree que poniéndose á los pies de Rusia apresurará la evacuación del Egipto. Tres razones militan en favor del mantenimiento del estado actual: que si nosotros estamos en Egipto, es con objeto de conservarlo para la Turquía; en segundo lugar, para asegurarnos á los egipcios un gobierno estable, justo y poco oneroso; y tercera, porque Inglaterra tiene el mayor interés en sostener la tranquilidad en los bordes del Nilo, con motivo de su situación en el India. Cuantos esfuerzos haga el sultán por crearnos dificultades, nos obligará á adoptar medidas más enérgicas.»

«Abdul-Hamid parece que ha dado gran importancia á la recepción de la escuadra francesa en Cronstad, y que las demostraciones de amistad de la Francia y de la Rusia, tenían por objeto probar que ambas potencias no temen á la triple alianza.»

«Si el sultán se figura que le tiene más cuenta la amistad de Rusia, que la de la triple alianza, pronto saldrá de su error.»

«Las consecuencias del acto del sultán, serán estrechar las relaciones entre la Inglaterra y la triple alianza, obligándola á no ocuparse más que de sus intereses.»

La amenaza, es transparente, y claro dá á entender que no sería difícil una inteligencia con los enemigos de la Francia.

«Quiera Dios que no haya guerra, porque no sería una guerra, sería un duelo á muerte en que ó Alemania ó Francia quedaría aniquilada, sin que se conservase ni aun su nombre después de terminada la lucha exterminadora.»

El otro grave acontecimiento que ha embargado por completo la atención pública durante la semana, ha sido el tiempo. Hace años que no se ha disfrutado en Inglaterra un tiempo semejante.

Un calor sofocante, un cielo sin nubes y una ausencia absoluta de lluvia ha llegado á hacer creer á estos hambrientos de sol y luz sin agua, que era posible una transformación tan salubral.

Pero no nos alegremos y aplacemos hasta la semana próxima el proclamar como estable el buen tiempo, y si antes de una semana no llueve á cántaros y no hay niellas en lo que falta de mes, podremos proclamar que en efecto es posible que haya tres semanas sin llover.

También las maniobras de la marina pública han sido objeto de preferente atención del público y la prensa, y en general se han hecho grandes elogios de ellas, lo cual prueba que es justo juzgarlas bien, pues sabido es que esta prensa no se deja llevar de impresiones y que dice siempre la verdad.

El vapor Teutónico ha hecho el viaje de Inglaterra á Nueva-York en cinco días, seis horas y treinta y nueve minutos; es decir, á una velocidad de más de veintidós nudos, cerca de cuarenta kilómetros por hora.

La Compañía, queriendo sobrepujar á su rival, ha encargado un paquebot de 12.000 toneladas, de 138 metros de largo y 20.000 caballos de fuerza y una velocidad de veintidós nudos.

Hace dos semanas que está haciendo las delicias del público londinense el famoso Paulus. En el café cantante Trocadero ha conseguido reunir todas las noches un público entusiasta que, si no comprende lo que canta, por los gestos y la música se deleita oyéndole. Le acompaña una joven cuya belleza le ha valido el premio en el reciente concurso de belleza de Niza. La señorita Juniori, que éste es el nombre que la joven ha adoptado para presentarse al público inglés, debe cantar por primera vez en el Trocadero la noche del miércoles. Se espera con gran curiosidad verla y oírla.

Yo puedo añadir algo por una casualidad. Hoy he ido á comer á un hotel en que comía la joven acompañada de Paulus. Después de tomar café, la joven tuvo la amabilidad de cantar casi todo el repertorio de Paulus, imitándole á la perfección con tanta gracia que el mismo ridiculizado reía á carcajadas de la propiedad con que le imitaba.

Agreguese á esto que la joven, que solo cuenta 18 años, tiene toda la gracia de una de nuestras andaluzas y todo el aire picarresco de una parisiense, y no nos será difícil comprender la acogida que el público dispensará á la nueva artista.

Ofrezco á mis lectores darles cuenta exacta del estreno.

Las huelgas están á la orden del día; pero las hay tan inesperadas que no cabe imaginar que hubiera podido tener lugar la producción por los mozos del restaurante el miércoles pasado en la Exposición naval. Después de una crisis de cinco minutos se evitó el conflicto.

Como la huelga tuvo por objeto protestar contra la prensa, nos es debidamente grato el resultado que consiguieron los huelguistas.

El comité ejecutivo había enviado invitación á los representantes de la prensa para que se reuniesen con el almirante William Dowell, el presidente del comité ejecutivo, á fin de oír su opinión acerca de lo que pensaba hacer en el otoño.

Habiase, pues, arreglado una mesa á largo del comedor de la terraza adornada con gran gusto. Las flores que adornaban la mesa representaban áncoras y cables colocados encima de los manteles blancos como la nieve. Las ostras abiertas y preparadas escitaban el apetito, las pilas de hielo refrescaban la atmósfera, los comensales se habían sentado y colocado la servilleta sobre las rodillas, en el ojal de la levita ó bajo la barba preparándose al ataque culinario.

Todo estaba á punto. Solo una cosa faltaba. Los camareros. Uno únicamente se acercó á sir Dowell y le habló al oído.

Lo que le dijo le hizo levantarse del asiento, y fue la primera noticia que tuvo del motín.

Conferenció con el vicepresidente y con el presidente del comité financiero, y estuvieron entre los tres examinando detenidamente el menú.

Seguían brillando los camareros por su ausencia. La generalidad de los convidados ignoraba el peligro que corrían. La fatal noticia era la siguiente: los camareros alemanes se habían declarado en huelga como se negaban á servir á los individuos de la prensa que, según ellos decían, les habían atacado.

Gracias á la intervención feliz de los conferenciantes, se logró reunir, llamándolos por teléfono, á otros camareros, y la nueva falange de erriados ingleses empezó á servir la comida.

Los camareros huelguistas fueron despedidos y arrojados fuera del local, y antes de servirse los postres, no había quedado uno de ellos dentro de la Exposición.

Con tal habilidad, discreción y tacto se hizo la cosa, que únicamente unas cuantas personas contadas se apercibieron de lo ocurrido.

Con motivo de los temores de guerra y del posible papel de las potencias, se ha recordado por muchos la historia de la boda de Labouchere, que debe su gran fortuna á un rasgo de audacia y sagacidad.

Fue Labouchere, cuando era joven, encargado por su principal, que era el jefe de la casa Baring hermanos, á ver á otro banquero de Nueva York, corresponsal de aquellos.

El joven Labouchere fue convidado á comer y se enamoró perdidamente de la hija del banquero y ésta del joven. Tuviron ocasión de hablarse y Labouchere se declaró y pidió permiso á la joven para pedir su mano. Otorgado por ella, hizo su correspondiente petición.

«¿Esta usted loco, amigo mío? — le preguntó el padre. — ¿Qué fortuna tiene usted para aspirar á la mano de mi hija? Cuenten con que es usted meramente un empleado de la casa de mis corresponsales en Londres, pero nada más.»

«Y si en vez de ser empleado fuera socio? — Ah! entonces la cosa variaría por completo. Se que mi hija lo quiere á usted, y en ese caso no me negaría. — Pues quedamos en que le escribiré á usted acerca de esto en cuanto llegue á Londres.»

La Nueva Revista Internacional, *Les matins* españoles, que dirige en París la señora de Rute, ha repartido el número correspondiente al 15 de setiembre con trabajos de los Sres. Portier d'Arc, Daniel Bellet, Mario Bertaux, Soler, Jacques Fréhel, Marius Bernard, Mme. Rattazzi, Tola Dorian, Henry d'Erville, Ernest Desmarest, Tutti, A. Montraux, I. Blot, sir Durimont, Flox y St. Liegeard.

La Granota, semanario festivo de Alicante, ha publicado un precioso suplemento con los dibujos y composiciones que fueron premiadas en el certamen abierto por dicha revista.

Con el título de Nuevos tratamientos de la tuberculosis acaba de publicar el doctor Castello una obra, en la que constan los últimos trabajos sobre el asunto, espuestos en el Congreso para el estudio de la tuberculosis celebrado recientemente en París y los principales métodos de Koch, Picot, Liebreich, Lannelongue y otros. La justa reputación del doctor Castello y la indole tan interesante del asunto que trata, garantizan el éxito de esta obra.

Diez y siete volúmenes lleva publicados de sus Conferencias culinarias nuestro buen amigo D. Angel Muro, desde abril del año próximo pasado en que dió comienzo á tan curiosa é interesante serie. El que acaba de repartirse, correspondiente al mes de agosto, es tan ameno é interesante como los anteriores, llamando en él con especialidad la atención el artículo sobre las legumbres.

Acaba de publicarse un libro de útiles y notables autógrafos alemanes debido á D. Manuel Chenel, distinguido profesor de la cátedra libre de alemán en la escuela oficial de Comercio de Málaga.

Los ejercicios metódicos de escritura de que va precedida esta obra y la notabilísima variedad de caracteres con que están escritos los escogidos trozos de literatura de su contenido, ordenados de tal modo que, gradual é imperceptiblemente va pasando de los de estilo corriente al elevado, y de los de caracteres claros á los confusos, hacen de ella un libro curioso que ha de prestar excelentes servicios al estudio del alemán; puesto que satisface tres fines muy importantes: conseguir escribir dicho idioma con letra clara y elegante, descifrar y leer todos los tipos imaginables de su escritura y ejercitar en la traducción de temas de diversos géneros literarios.

Merece plácemes el Sr. Chenel por la publicación de su notable obra, muy útil para cuantos estudien la hermosa lengua alemana.

Lecciones de lengua castellana, para uso de los alumnos de segunda enseñanza, por D. Francisco Jimenez Lomas, Madrid, 1891. El distinguido doctor D. Francisco Jimenez Lomas, catedrático del Instituto de Málaga y director que fué del de Huelva, ha prestado un buen servicio con la publicación de este libro, en el que se aparta con acertado criterio de rutinarios procedimientos, para aceptar y difundir los de los Sres. Iparaguirre y Eseriche y determinadas nomenclaturas del distinguido gramático Sr. Gomez Salazar. Obra es la del Sr. Jimenez Lomas que nace llamada á obtener muy justo éxito.

El Método práctico de pronunciación francesa y traducción, P. B. Sordé, cuya tercera edición acaba de publicar el ilustrado director de estudios del colegio de la Sociedad Francesa de esta corte, allana las infinitas dificultades de la fonética de dicha lengua, de tal modo, que el alumno las vence casi sin percibir, al propio tiempo que aprende la traducción y se familiariza con las voces y los giros franceses.

La gran aceptación que ha tenido en Madrid y en las demás provincias, demuestra claramente la necesidad de un libro de esta índole, que por otra parte no es incompatible con ningún texto cuyo objeto sea la enseñanza del francés. Atendidos sus excelentes resultados, creemos que no tardará mucho en introducirse en todos los centros donde se enseña esta lengua, hoy complemento necesario de una educación esmerada.

JEROSOLITICO. Dico, M, Ke, DU. SOLUCION DEL ANTERIOR. Cada casa es un mundo.